

LOS SABERES OCULTOS: LA INFANCIA EN LOS TEXTOS
AUTOBIOGRÁFICOS CHILENOS¹

*Hidden knowledge: childhood
in autobiographical Chilean texts*

**Lorena Amaro, Ghislaine Arecheta
Esteban Castro y María José Delpiano**

Resumen:

El siguiente artículo es un análisis sobre la incorporación de los relatos de infancia en los textos de carácter autobiográfico en Chile. Desde una mirada culturalista y procurando recoger la escasa tradición crítica en torno a este tipo de escritura en Latinoamérica, propone una interpretación sobre la tardía expresión de la infancia como tiempo y espacio de la memoria y la subjetividad. En nuestra lectura, esto se explicaría por la fuerte impronta política que tuvo la literatura latinoamericana y por el origen aristócrata de los autobiógrafos y memorialistas, vinculados a la vida pública y deseosos de inscribir sus escritos en la historia nacional, hasta muy entrado el siglo. La ausencia de infancia, o su representación elusiva y a veces también anecdótica, tendrían relación con el predominio de discursos de carácter iluminista y positivista entre estos autores; su aparición, a la lenta fisura de esos discursos y a la incorporación de nuevos actores al campo literario nacional, provenientes de sectores medios o discriminados en razón de su género sexual, quienes tendrían menos reparos en retratar ese momento de sus vidas de modo más íntimo y comprensivo, muchas veces buscando reivindicar historias de superación y mérito personales.

Palabras clave: Autobiografía, memorias, infancia, literatura chilena, positivismo, subjetividad.

¹ Este artículo tiene su origen en el proyecto “Textos autobiográficos en el campo literario chileno (1891-1925): Construcciones identitarias y voces alternas”, financiado primero por la Vicerrectoría Académica de Investigación y Doctorado de la P. Universidad Católica de Chile, a través de sus concursos VRAID Inicio y VRAID Límite (2007–2008) y luego por FONDECYT Iniciación 2008, núm. Proyecto 11080008. En Anexo se puede hallar el corpus bibliográfico revisado hasta el momento por el equipo investigador.

Abstract

The following article is an analysis about biographical childhood texts incorporation in Chile. From a cultural view and trying to gather the scarce critical tradition around this kind of writing in Latin America, it proposes an interpretation regarding the late childhood expression as a time and space memory and subjectivity. Following our own reading, this could be explained by the strong Latin-American political mark on this literature and the autobiographical and secretarial aristocratic origin, linked to public life and urged to register their writings on national history, up to the middle of the century. The lack of childhood, or its elusive, and sometimes anecdotic representation, would have relationship with illuminist and positive speeches predominance between these authors; their appearance, to the slow fissure of these speeches and the incorporation of new actors on the national literary field, arriving from middle sectors or discriminated for their sexual gender, for those who would have less objections picturing that precise life moment in a more intimate and comprehensive way, trying to demand surpassing and personal worthy stories many times.

Key words: Autobiography, memories, childhood, Chilean literature, positivism, subjectivity.

El examen detallado de los textos autobiográficos chilenos escritos en la primera mitad del siglo XX genera una serie de preguntas, asociadas al lugar que en ellos ocupa el relato de infancia. Para poder exponerlas, es necesario comprender primero, qué se entiende aquí por “textos autobiográficos”, es decir, situar esta reflexión en un particular tramado social, histórico, político y estético, como haremos a continuación.

Decimos “textos autobiográficos” para señalar un *corpus* dispar, en que prácticas de escritura heterogéneas (que van desde la noción más convencional de las memorias, hasta textos de carácter fragmentario o disperso, que se presentan a sí mismos como novelas, crónicas o diarios) dan cuenta de las representaciones del yo. En el período estudiado, esto es, fines del siglo XIX y, principalmente, primer tercio del siglo XX, estas narrativas eran elaboradas generalmente por grupos de élite, que ejercían funciones públicas y tuvieron como horizonte consolidar una política de identidad nacional.

Es quizás debido precisamente al carácter heterogéneo de su producción escritural —muchos de estos autores presentan sus textos como una incursión *amateur*, absolutamente tentativa—, que se ha

verificado, hasta tiempos recientes, cierta ausencia de esquemas históricos y críticos que dieran cuenta del desarrollo del género, tanto en Latinoamérica como, de manera particular, en Chile, donde prácticamente no existe, hasta hoy, un espacio crítico que lo aborde. Son objetos de difícil delimitación; suelen escapar a la ya clásica definición de Philippe Lejeune: "Relato retrospectivo en prosa que una *persona real* hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad",² definición situada, ya que el propio Lejeune precisa sus condiciones de producción: Europa y Norteamérica, siglos XVIII al XX.³ Sin embargo, quizás sea ésta la más acabada (por cierto, es la más canónica) que se haya escrito con el fin de establecer los cercos entre la autobiografía y otras formas escriturales modernas (como el diario íntimo y la novela autobiográfica).

La relación de los textos hispanoamericanos con el modelo autobiográfico europeo es, pues, conflictiva. A partir de los procesos de independencia, las nuevas repúblicas latinoamericanas probaron a lo largo del siglo XIX una serie de fórmulas extranjeras, tanto en lo literario como en lo político, buscando reorganizar y configurar los modelos identitarios y nacionales que demandaba la región; fue ese sentimiento el que llevó a la literatura hispanoamericana del período a imitar modelos provenientes de movimientos como el romanticismo europeo, que fueron emulados por las esferas cultas, intelectuales y políticas, esto es, por autores que aún no escribían profesionalmente, sino que funcionaban como elementos ubicuos en el campo de poder (muchos de ellos emplazados ya en el gobierno, ya en la prensa o el cenáculo literario) y que aprovechaban estos formatos para autojustificar su actuación pública, como observa por ejemplo Adolfo Prieto en la historia literaria argentina.⁴

² Lejeune, Philippe, "El pacto autobiográfico", en *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Megazul-Endymion, Madrid, 1984, p. 50.

³ Como descripción ha sido duramente criticada por lecturas feministas y postcoloniales, particularmente en lo que respecta al concepto de "vida individual", con sentido principalmente para el varón moderno y occidental. Al respecto, se puede consultar en Smith, Sidonie. "El sujeto femenino en la escena crítica: la poética, la política y las prácticas autobiográficas", en VV.AA, *El gran desafío: feminismos, autobiografía y postmodernidad*, Megazul-Endymion, Madrid, 1994.

⁴ Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica en Argentina*, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1966.

Siguiendo a Sylvia Molloy,⁵ en este trabajo de adecuación a la realidad local los autores hispanoamericanos plantean situaciones de dislocamiento: los llama lectores “desviados de la letra”. Lectores y escritores desviados de la letra, lo suyo es la “refracción del estilo”,⁶ esto es, adhieren a estilos de producción europeos, disociados de sus contextos de origen, por lo cual la creación de autor es simultáneamente mimética e innovadora. Sin embargo, y como ya se ha dicho, esta singularidad hace más difícil su visibilización y comprensión. No en vano, el crítico uruguayo Jorge Ruffinelli escribía, en 1986: “Porque así como no se han escrito en América Latina autobiografías en un sentido estricto, es también probable que nunca se escriban”.⁷ A él le resulta más productivo quedarse con lo que llama un “ademán autobiográfico”. Y es que son ademanes e invenciones autobiográficas muchas de las producciones continentales, las que se remontan hasta el período colonial. En Chile son conocidos los casos del *Cautiverio feliz*, de Pineda y Bascuñán (1607–1682), o la *Relación* de la monja Úrsula Suárez (1666–1749); sin embargo, estas producciones se encuentran totalmente ajenas a la moderna indagación del sujeto sobre su experiencia y si han sido catalogadas de autobiográficas es porque se ha aplicado sobre ellas una mirada ajena a sus realidades. Como escribe Molloy, la autobiografía es una suerte de “logro involuntario”: “las circunstancias en que se escribieron esos textos excluyen, o al menos modifican considerablemente, la autoconfrontación textual –‘yo soy el tema de mi libro’– que caracteriza la escritura autobiográfica”.⁸

Tal es el estado de situación que debe ser considerado al intentar comprender el surgimiento del relato de infancia dentro de lo que llamamos “género autobiográfico”, particularmente en el *corpus* estudiado, de textos chilenos. No es posible referirse al tema sin considerar, efectivamente, la pluralidad de estilos, retóricas, intenciones y formalidades que abundan en ellos a fines del siglo XIX y la primera mitad del XX, cuando, en el intento de imitar rasgos

⁵ Molloy, Sylvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, FCE, México, 1996.

⁶ Castillo, Gabriel, *Las estéticas nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*, Ediciones Instituto de Estética PUC, Santiago de Chile, 2003, p. 16.

⁷ Ruffinelli, Jorge, “Al margen de la ficción: autobiografía y literatura mexicana”, en *Hispania*, vol. 69, núm. 3 (septiembre de 1986), pp. 512 – 520, p. 514.

⁸ Molloy, Sylvia, *op. cit.*, p. 13.

del discurso autobiográfico europeo (subjetivo, intimista y en que la infancia ocupa ya desde Rousseau un espacio relevante), transitan hacia otros modos expresivos, que reflejan intereses históricos y políticos, así como contingencias sociales que ya analizaremos y que parecieran dificultar el despliegue de las imágenes asociadas a la niñez.

La infancia y los saberes marginados

Ya Sylvia Molly advierte en *Acto de presencia*, que uno de los silencios más expresivos de las autobiografías hispanoamericanas de fines del siglo XIX tiene relación con el tiempo de la infancia. A su juicio, esto se debe a que ellas se validan, principalmente en ese momento, por su aproximación a la historia; en este sentido, despliegan su retórica con afán objetivo y en ellos la anécdota infantil tiene valor sólo como prefiguración del logro adulto o como información documental. Por esta razón, Molloy plantea que los relatos de infancia, particularmente entre las clases dirigentes hispanoamericanas, pueden ser leídos como “credos ideológicos”: “Se requiere un tipo especial de escritor ‘excéntrico’ (...) para liberar a la infancia de tales restricciones ideológicas”,⁹ escribe. En este sentido, hay que agregar la importancia que llega a tener entre esas clases el positivismo, verdadero credo del método científico y del progreso social y moral, que tanto influyó en el pensamiento y la educación de los países latinoamericanos. Si bien en Chile estas ideas no encontrarán una difusión como la que tuvieron en México, sí se llegaron a propagar entre las clases dirigentes, a través de la Academia de Bellas Letras fundada en 1873, impulsada por el escritor e ideólogo liberal José Victorino Lastarria (1817–1888).

La mención al positivismo no es gratuita. A este respecto seguimos algunas ideas planteadas por el crítico Julio Ramos, en su interesante análisis sobre las relaciones entre literatura e ideología durante ese período. De acuerdo con su planteamiento, el escritor cubano José Martí (1853–1895) fue uno de los primeros escritores que en América propuso, “en contra del ‘bisturí del disector’”, esto es, del positivismo oficial, “la prioridad de un saber basado en la ‘ciencia que en mí ha puesto la mirada primera de los niños’”.¹⁰ En el

⁹ *Ibid.*, p. 18.

¹⁰ Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*.

ensayo *Nuestra América* (1891), esta mirada sería “la única capaz de representar y conocer el mundo ‘primigenio’ americano, amenazado por los efectos y contradicciones de la modernización” (...). Esta mirada –que implica un saber distinto– encontrará un lugar en el discurso literario. Ahora bien, Ramos advierte que no por ello debemos leer la producción literaria de la época a contrapelo del mandato racionalista, como si se tratara de una gestación marginal o disidente respecto de los procesos políticos de la región. Muy por el contrario, la literatura fue un arma poderosa en lo relativo a construir políticas de identidad homogeneizadoras. La mirada literaria contribuyó a las estrategias de legitimación de las clases dirigentes y sirvió, por su notable autoridad social, a la institucionalización republicana. Sin embargo, lo que Ramos trata de decir, es que la literatura ofreció *también* la posibilidad del intersticio, del saber alternativo, el deslizamiento de la mirada en lo que no se sabe o no se conoce. La economía literaria será “por momentos, un modo de otorgar valor a materiales –palabras, posiciones, experiencias– *devaluados* por las economías utilitarias de la racionalización”, escribe Ramos.¹¹ En palabras del investigador chileno Gabriel Castillo F., en la literatura (él analiza principalmente textos ensayísticos) radican “estéticas nocturnas”,¹² a contrapelo de los discursos avasalladores de la modernización. Son escrituras tensionadas entre una politización necesaria, urgente, y, por otra parte, las pulsiones que apuntan a esos otros saberes, los saberes ocultos, que habitan, por supuesto, los imaginarios locales y personales. Esta contradicción entre las exigencias de la vida pública y la pulsión literaria que pone en jaque las formas de la racionalización, es lo que, a juicio de Ramos, “*intensifica* la lectura y produce textos”.¹³

El discurso positivista, visible en el naturalismo literario de principios de siglo, se fisura con la progresiva aparición de elementos de vanguardia y proyecciones de la subjetividad, de carácter moderno, que, a nuestro modo de ver, encontrarán un lugar muy especial en los textos autobiográficos o memorialísticos (los

Literatura y política en el siglo XIX, Ediciones Cuarto Propio/ Ediciones Callejón, 2003, p. 25.

¹¹ *Idem*.

¹² Castillo F., Gabriel, *op. cit.*

¹³ Ramos, Julio, *op. cit.*, p. 30. El subrayado es nuestro.

segundos son más frecuentes que los primeros),¹⁴ particularmente por su heterogeneidad formal:¹⁵ en estos textos no caben las imposiciones hechas a la historia—si bien muchos de los que cultivan el género procuran ser objetivos y publicar “pruebas”, como por ejemplo las cartas de otros, para validar sus historias—y tampoco la demanda estética que rige para las producciones reconocidamente literarias.

Quizás si esta heterogeneidad formal coincide con la que Ramos observa también en las crónicas periodísticas de fines del siglo XIX, poniéndose de relieve en la autobiografía, como en aquellas crónicas, las contradicciones de los textos literarios latinoamericanos durante la modernización, o, lo que es más, los avances de una modernidad desigual. Sabido es el discurso que se impuso sobre todo a partir del llamado “boom latinoamericano”, sobre un desarrollo particular de nuestras literaturas, el cual sobrepasaría otros aspectos del proceso modernizador. Sin embargo, tanto críticos como Ramos o Idelber Avelar advierten sobre el mito que aquí subyace, señalando, en particular el primero de ellos, la falta de autonomía artística del discurso literario latinoamericano y su larga y fuerte imbricación con lo político: “En América Latina los obstáculos que confrontó la institucionalización generan, paradójicamente, un campo literario cuya autoridad política no cesa, aún hoy, de manifestarse”.¹⁶ Esa impronta de los textos tensiona, a nuestro modo de ver, cualquier acercamiento posible de los autores al relato de infancia desde sus imaginarios personales. Es sabida la demanda de veracidad, durante el siglo XIX, al texto autobiográfico; las memorias, por otra parte, intentan acercarse a los modos constructivos de la historia. Nada menos fiable, pues, que el recuerdo infantil, ya sea que se

¹⁴ Autores como Philippe Lejeune han intentado diferenciar autobiografía de memorias principalmente a partir de un rasgo temático: la orientación memorialística a dar testimonio de un hecho histórico particular desde una perspectiva personal pero que procura apegarse a ese hecho. En las autobiografías, en cambio, primaría la orientación del relato a la vida personal. Como se podrá intuir, en muchos textos resulta difícil (más bien imposible) discernir uno u otro género, por su heterogeneidad formal y por coexistir en ellos diversas voces, oscilantes además en su relación con los textos que emulan.

¹⁵ Muchos de ellos presentan dubitativos esquemas cronológicos; en varios casos existe, aparentemente, un proyecto unitario que se va desarticulando conforme avanza la escritura y es usual encontrar fragmentos de cartas o diarios y relatos de ficción.

¹⁶ Ramos, Julio, *op. cit.*, p. 27.

evoque ese tiempo como paraíso perdido o tierra de promisión al que el escritor procura volver con cierto dramatismo, ya sea que se instale como metáfora del mundo y las relaciones humanas o que, como sugiere Molloy, los escritores se sirvan de la niñez para declarar, con fingida inocencia, quiénes eran y sobre todo, quiénes son ellos en la actualidad de la escritura, cuál ha sido la historia que les ha llevado al lugar que parecieran ocupar, definitivamente, en sus comunidades.

Por todo esto, no sería desacertado pensar la lenta aparición del discurso sobre la infancia en la literatura autobiográfica (e incluso ficcional) latinoamericana, a contracorriente del iluminismo y el positivismo vigentes hasta aún muy entrado el siglo en nuestras repúblicas. A lo largo del período señalado, los relatos de infancia emanan de textos que tienen como horizonte una serie de urgencias políticas, entre ellas, la instalación de un discurso nacional, que refuerce la gestión republicana. Sabido es que en este proceso de modernización, las clases dirigentes miran con ensoñación el paraíso del progreso americano (el ejemplo más recurrente es Domingo Faustino Sarmiento) o bien la institucionalidad europea. El discurso en torno a civilización y barbarie ocupa buena parte de los esfuerzos por configurar una identidad propia y, en este camino, se rechaza lo primigenio americano cuando se ve en ello una naturaleza salvaje, una maraña amenazante que en poco puede contribuir a la homogenización de los discursos y, más allá todavía, de los valores ciudadanos e incluso, de la población. No obstante, podrá ir sedimentando, lentamente, la narración de infancia, para hacerse realmente visible, al menos en lo que respecta al *corpus* autobiográfico chileno, hacia 1940.

De la viñeta costumbrista al imaginero

Existen diversos testimonios de la infancia en las memorias de fin de siglo, como es el caso de uno de los libros paradigmáticos en la historia literaria chilena, *Recuerdos del pasado* (1882), de quien fuera buscador de oro en California y agente colonizador del sur de Chile, Vicente Pérez Rosales (1807–1886). Él refiere algunas cuestiones relativas a su niñez remarcando, principalmente, su espíritu aventurero y cuestiones relativas a las costumbres de su época, diferenciando el Santiago que conoció de niño del que habita 40 años después. Así, por ejemplo, este pasaje sobre la costumbre de la “cimarra”:

La *cimarra*, sustantivo chileno derivado del adjetivo cimarrón, fue seguramente inventada para los niños de mi tiempo. Concurríamos temprano a las escuelas, i por poco que tardase en abrir el profesor, nos llamábamos a huelga, i sin más esperar, nos marchábamos al río a provocar a los chimberos para decidir quién quedaría dueño aquel día del puente de palo...¹⁷

Este tipo de anotaciones tienen una fuerte marca costumbrista, hasta muy entrado el siglo XX. Así ocurre también, por ejemplo, en *Algo de lo que he visto. Memorias de Don Crescente Errázuriz*, texto que lleva por fecha de redacción el año 1923 pero que no fue publicado sino hasta 1934, tres años después de la muerte de quien fuera Arzobispo de Santiago de Chile, en que la narración se cifra principalmente en hechos vinculados con la institución eclesiástica, pero donde se destina un apartado especial a la infancia y juventud, dedicando cerca de 30 páginas a la descripción de los juegos tradicionales de su niñez. Un capítulo completo ocupa la descripción sobre el trompo y tres, la evocación de los volantines. La anécdota desplaza en ellos cualquier matiz subjetivo o personal, favoreciendo una descripción que esboza un ideario nacional y colectivo, a través del disfrute de estos juegos. El clérigo se refiere siempre a un “nosotros”:

Era entre nosotros el volantín más que un juego; constituía un entretenimiento popular, en que tomaban parte –puede decirse con entera verdad y sin ponderación– todo el mundo, todas las clases sociales, los hombres de cualquiera edad y los niños. Dentro de los colegios, la época en que se jugaba al volantín, este juego ocupaba la imaginación y llenaba las aspiraciones de los alumnos, hoy por lo regular tan tristemente llenas de lo que, lejos de ofrecerles ejercicios sanos, higiénicos y varoniles, hace de los muchachos pequeños muñecos ocupados en acicalarse, componerse y aprender a presentarse como galanes y bellos mozos.¹⁸

Como se deja ver, la intención aleccionadora de Errázuriz, al realizar permanentes contrastes entre la educación que recibió y

¹⁷ Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado*, Imprenta Gutenberg, Santiago de Chile, 1886 (3ª edición), p. 10.

¹⁸ Errázuriz, Crescente, *Algo de lo que he visto. Memorias de Don Crescente Errázuriz*, Nascimento, Santiago de Chile, 1934, p. 71.

la de los jóvenes en el presente de su escritura, es el principal motor de estas evocaciones infantiles.

En el caso del abogado y parlamentario conservador Alejandro Lira (1873-1951), autor de unas *Memorias* (1950), pese a existir en su texto un capítulo llamado “Recuerdos de mi primera edad”, las referencias a la infancia son prácticamente nulas y constituyen apenas un breve prólogo para pasar a detallar su entrada a la primera oficina de abogados y algunos recuerdos de su vida universitaria. La supresión del relato de infancia en éste y otros textos,¹⁹ aparentemente da cuenta de un debate entre la manifestación y el ocultamiento de tensiones propias del hombre público. En el caso de Alejandro Lira, no obstante lo escueto del relato, describe su temprana relación con la poesía y algunos de sus éxitos como poeta en el colegio, los cuales tienen un fin abrupto cuando el director del establecimiento le prohíbe participar de eventos públicos desde ese momento, con el fin de no alimentar su ego. Lira termina la evocación manifestando su agradecimiento hacia su educador, quien supo enriarlo en el camino de la responsabilidad cívica, permitiéndole transformarse en el hombre influyente que es al momento de escribir sus memorias.

La alusión a un momento íntimo en un relato marcado por la presencia del autor en la esfera pública y política, la desproporción entre el énfasis dado a este recuerdo y la extensa minuta de sus éxitos en la etapa universitaria y por último, la especificidad de este recuerdo de infancia —el único que se nombra en un capítulo traicionado por su título—, permiten que este momento pueda ser leído como una suerte de alegoría. Lira parece estar dando cuenta de la naturaleza dicotómica y antitética que pugnaba en su interior al momento de querer comprenderse como individuo y, al mismo tiempo, deber proyectarse como heredero de una tradición aristocrático-intelectual-iluminada. El relato hace entender que la poesía y la creatividad no son consideradas “aptas” para un individuo influyente en la nación. De alguna manera, al ser instado a darle la espalda al camino de la poesía, Lira cree haber recibido el llamado

¹⁹ De particular interés en el caso del crítico chileno Hernán Díaz Arrieta, Alone (1882–1950), admirador de la escritura intimista francesa y defensor de cartas, diarios y autobiografías, quien en *Pretérito imperfecto* (1975) comienza su relato con el descubrimiento de la vocación de escritor a los catorce años. Si bien él disfruta como crítico los relatos de infancia de otros escritores, en su propio texto suprime el período, lo que ameritaría de por sí una reflexión.

divino a donar su talento a la sociedad. Con la poesía, parece dejar de lado el hambre de aceptación social propia de la ansiedad juvenil y con ello, haberse vuelto hombre, individuo formado íntegramente en relación con el deber ser. La tímida presencia del relato de infancia en el caso de Lira es presentada como el momento en el que el sujeto debe decidir si servirse a sí mismo y embarcarse en una vida de satisfacción personal, o si debe volverse más grande que sí mismo y transformar su propia historia en la historia de un país que se engrandece gracias a su obra.

Pensamos que esto ocurre, como se ha dicho, principalmente en las clases dirigentes; algo muy diverso se gesta, a comienzos del siglo XX, en otros sectores sociales, como también entre las mujeres que, muchas veces perteneciendo a la aristocracia, ocupan de todas formas un lugar subordinado en los tramados del poder y la configuración del campo cultural. El tiempo de la infancia, ese tiempo y espacio diferenciados desde la modernidad, muy particularmente desde el *Emilio* de Jean-Jacques Rousseau,²⁰ encuentra un lugar más destacado, destellando en algunos casos como una época dorada o bien, ofreciendo a los lectores un país de silencios y misterios; tanto en uno como otro caso, se hace presente la concepción imaginativa e intimista de la infancia.

En sus *Recuerdos olvidados* (1975, relato publicado por primera vez de forma seriada en el diario *La Nación*, entre 1939 y 1940), Augusto D'Halmar (1882–1950) prefigura al carismático escritor en que llegará a convertirse. Como pocos, destina a ella varios capítulos de su libro, en que el protagonista lleva el nombre “Cristián Delande” (después de un extenso prólogo dedicado a la conveniencia o inconveniencia de la escritura autobiográfica y a su decisión de escribir en tercera persona y desde un alter ego). En “Las primeras letras de un hombre de letras” aparecen con toda su fuerza las evocaciones de sus primeras escenas de lectura; describe además, en sucesivos e irónicos relatos, su sorprendente capacidad para versificar desde muy joven, sus descatos, su atracción por el circo y el teatro, su gusto por los juegos de simulación y su habitualmente aristocrática rebeldía:

²⁰ Rousseau hizo una diferenciación muy importante, al señalar que el niño no es un pequeño animal ni un hombrecito, esto es, algo incompleto respecto del ser humano adulto (Delgado, Buenventura. *Historia de la infancia*, Ariel, Barcelona, 1998, p. 143). Su texto, sin embargo, no produjo cambios inmediatos y amplios en la educación de la infancia, pero sí generó, desde el primer momento, entusiastas debates.

Ese año, “El Ferrocarril” publicaba un retrato de cuerpo entero del nuevo Arzobispo, don Mariano Casanova (...) vestido de pontifical. Fue preciso dotar a Cristián de mitra y báculo y, paseándose en semejante atavío, por “su” parque, vio a la lavandera de la casa que lavaba junto a la acequia, y sintió el impulso de orinarle en la cabeza. Era tan absurdo, como incontenible. Pero, como también era arriesgado llevarlo a efecto, optó por hacer aguas primero en una lata, y con ella bautizar después a la pobre vieja...²¹

Sylvia Molloy plantea, con razón, que “la evocación del pasado está condicionada por la autofiguración del sujeto en el presente”,²² el proyecto autobiográfico tiene como horizonte una construcción del imaginario, una imagen de sí. En este sentido, el relato autobiográfico de D’Halmar busca explicar y, más allá de eso, subrayar, su condición de *enfant terrible* y “hermano errante” de la literatura chilena, uno de los primeros escritores que abordó el homoerotismo en la literatura latinoamericana. D’Halmar construye la historia de un escritor nacido en una familia “venida a menos”,²³ con un padre ausente y una madre muerta muy joven, criado por su abuela, quien logra obtener, por su mérito intelectual, el Premio Nacional de Literatura, pese a su conducta extravagante para el Chile de la época. Pero la experiencia radical que desea transmitir es, quizás, su soledad, presente ya en las travesuras de infancia:

Sin embargo, ese niño solo, que había de ser toda su vida sólo un niño terriblemente solitario, ya entonces soportaba mal una soledad a la cual nunca se había de acostumbrar y que no conseguiría conllevar nunca. Acaso sus penas y su entrañable modo de apiadarse de las ajenas lo sobrelleva sin ayuda; lo más arduo le fue dejar de compartir entusiasmos o emociones, el placer, la alegría, la expansión y, sobre todo, la ternura.²⁴

Otro ejemplo de construcción de la figura intelectual lo encontramos en el escritor Samuel Lillo (1870–1958), en sus memorias, *Espejo del pasado. Memorias literarias* (1947). Lillo

²¹ D’Halmar, Augusto, *Recuerdos olvidados*, Nascimento, Santiago de Chile, 1975, pp. 26-27.

²² Molloy, *op. cit.*, p. 19.

²³ *Ibíd.*, p. 23.

²⁴ *Ibíd.*, p. 44.

rememora sus días de infancia con nostalgia, valorando esta etapa como un periodo formativo en el que se vislumbran los comienzos y primeros atisbos de su vocación literaria. Construye una genealogía de su profesión, centrando la narración en el hallazgo de hitos; así, cada recuerdo de esa época de su vida está supeditado a la construcción de la representación del sujeto-escritor. Reafirma lo anterior, que el autor rememore el vínculo con sus padres, en función de precisar el rol que ambos tuvieron como formadores en sus primeros años; mientras el padre, representaba la disciplina en la instrucción de los saberes, la madre, dueña de casa, es la figura por donde se canalizan las primeras experiencias literarias: “pero seguramente debo a mi madre, el germen de mi inclinación poética y sobre todo el romanticismo que se despertó en mi espíritu”.²⁵

Prefiguraciones son también las que presenta el poeta romántico Carlos Préndez Saldías (1892–1963), autor de dos libros de memorias amorosas: *27 mujeres en mi vida* (1942) y *Otras mujeres en mi vida* (1954), como también de un libro “sapiencial”: *Mi sabiduría amorosa* (1950). En el primero de ellos, describe así su primer hallazgo amoroso durante la época del colegio:

No sabría precisar si fue en la primera clase, (...) o en la segunda (...) No podría decir tampoco quién estaba ante el pizarrón, ni qué enseñaba mademoiselle Justine en ese momento. Sólo sé que ese minuto de mi vida está quemante en mis recuerdos de poeta que evoca lo perdido.

Sentí junto a mi mano la mano de Rosita, acaso porque ambos hicimos un mismo movimiento, y hubo algo desconocido en mi cuerpo y en mi alma. Desde entonces –los ocho años de mi vida– no he logrado paz en el corazón.²⁶

Con esta evocación no sólo inaugura su donjuanismo, sino su vocación de poeta cifrado en la experiencia amorosa, y de una sensibilidad con las mujeres de la que hace alarde a lo largo de sus textos.

Más dolorosos son los recuerdos de las escritoras Delie Rouge

²⁵ Lillo, Eusebio, *Espejo del pasado. Memorias literarias*, Editorial Nascimento, 1947, p. 34.

²⁶ Préndez Saldías, Carlos, *27 mujeres en mi vida*, Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago de Chile, 1942, p. 11.

(Delia Rojas, 1883–1950), María Flora Yáñez (1898–1982) y Marta Vergara (1898–¿?). Rouge proviene de sectores medios; Marta Vergara, de una familia arruinada pero con un apellido de alcurnia en la zona de Viña del Mar y Valparaíso, donde creció sufriendo una serie de privaciones; Yáñez formó parte de una importante familia de políticos e intelectuales, entre ellos su padre, el candidato presidencial y dueño del periódico *La Nación*, Eliodoro Yáñez, y su hermano Pilo, Juan Emar, reconocido escritor de vanguardia. Sin embargo, el reconocimiento de sí misma como escritora fue bastante tardío y difícil, como evidencian sus memorias. En contraste con esta autora, Delie Rouge, en un gesto poco habitual entre las escritoras chilenas de la primera mitad del siglo XX, titula con soltura su libro *Mis memorias de escritora* (1943), dándose a sí misma este apelativo que tanto costó forjar a otras mujeres en su situación. Es por esto mismo que su texto procura mostrar un camino plagado de obstáculos, que ella atraviesa como una especie de mártir (a su carrera literaria debe la temprana separación de su hija, a quien destina su relato). Ese camino suyo se inicia en la infancia, que como D’Halmar ella aborda desde su vocación, pero en un escenario muy distinto: el de una niña que debe solicitar a su padre, especialmente, instrucción a través de clases particulares (con un profesor proveniente de la escuela pública que poco celebró los rasgos más piadosos de su personalidad) y que, con una gran necesidad de expresarse, crea un espacio personal en su diario íntimo, diario que correrá poca suerte:

Desde muy niña sentí inclinación por las letras. Tan pronto supe leer, empecé a devorar libros que, muchas veces no comprendía; pero que yo leía y releía. Era como un ansia de saber que me devoraba [...] Necesitaba expansionar mi espíritu, sentía ansias de desahogo pero no quería comunicar a nadie mi sentir más íntimo...²⁷

Escribí mi Diario de juventud lleno de inquietudes, ilusiones y desengaños hasta que conocí a tu padre. Él me pidió que no lo continuara porque en él debía depositar toda mi confianza. Pocos días después de nuestro matrimonio fué destruido. Entre rojas llamas vi desaparecer para siempre la historia de mi alegre y feliz juventud. Si debo ser sincera, hija mía, te diré que cuando vi

²⁷ Rouge, Delie, *Mis memorias de escritora*, Talleres Gráficos Casa Nacional del Niño, Santiago de Chile, 1943, p. 10.

retorcerse entre las llamas los cuadernos que encerraban mis sueños, mis ilusiones y toda mi vida de soltera, sentí un dolor inmenso. Era como algo que se iba para siempre, como algo que desgarraba en mi alma. Tu padre miraba indiferente, insensible, la destrucción de mis cuadernos...²⁸

Esta destrucción de sus ilusiones de escritora se reiterará una y otra vez a lo largo del relato, en que la autora se presenta a sí misma en diversos conflictos, relacionados con la crítica de sus libros y también con la maledicencia social que despierta su rol de ensayista y novelista. La destrucción del mundo de la infancia es sólo una prefiguración de esa lucha constante de su sensibilidad como mujer y escritora, frente a la mirada enjuiciadora de los otros. Infancia y libertad se asocian en su discurso.

Otras tantas dificultades debe atravesar la periodista Marta Vergara, como relata en *Memorias de una mujer irreverente* (1961), en que la experiencia infantil es tratada a lo largo de la primera parte, la más extensa del libro. La autora busca dar sentido y un hilo conductor a su vida:

Un acontecer tiranteado por distintas épocas; una componenda de acciones que antes se le entregaban sólo al hombre, un trastorno total para una mujer pobre, nacida en un país pobre y lejano, en el que casi no pasaba nada y a la cual mujer, sin embargo, le pasaron muchas cosas. Esta es la vida que me tocó vivir y que en su momento actual me encuentra atareada buscando sus escondidos elementos de continuidad.²⁹

Su madre muere durante el terremoto de Valparaíso de 1906, dejándola a ella y a sus hermanas en manos de su padre, quien vivirá acosado por la cesantía y el alcoholismo hasta su muerte, con la cual también murió, para Marta Vergara adulta “mi niñez sin alegría”.³⁰ La pobreza vivida durante ese período la marcará siempre: “Quería ser dócil y estoy segura de que era tierna, pero algo fallaba en mi expresión. Creo que debo de haber sufrido mucho en ese entonces, porque hasta ahora, a pesar de lo que la vida me ha endurecido, las tristezas y las privaciones de los niños consiguen

²⁸ *Ibíd.*, p. 11.

²⁹ Vergara, Marta, *Memorias de una mujer irreverente*, Editorial Zig-zag, Santiago de Chile, 1963, p. 7.

³⁰ *Ibíd.*, p. 14.

alterarme...³¹ Más aún, vivirá siempre la pobreza como una marca corporal, que se hace visible en su “cuello zurcido”, a causa de una operación que se practicaba en su tiempo para combatir la tuberculosis. Las aflicciones vividas la llevan a visualizar el cuerpo como malestar: “Trataba de desprenderme de esa pesada sensación de ser la causa de muchos desagradados; de poseer un cuerpo que precisaba alimentar, vestir, calzar y a veces mejorar; de ser opinadora y querer tener experiencias personales”.³² La “opinadora” es una niña con gran inquietud intelectual, cuyas primeras escenas de lectura, de pie junto a un brasero mientras cocina para su familia, conmueven por su precariedad y por la voluntad con que se llevan adelante.

Sin embargo, el relato de infancia de Marta Vergara está acompañado también de una reflexión bastante personal sobre las marcas de la experiencia:

Es difícil definir a la gente clavada en el pasado. Si se usan los ojos actuales, puede ser fácil, pero el juicio será errado. Aun si los años no se han llevado nuestra posibilidad de ilusionarnos, ya no buscamos las mismas estrellas en el cielo. Los días nos han ido llenando de materias nuevas y también de huecos. Los recuerdos se han pegado unos con otros, queremos separarlo y los despedazamos. ¿Cómo lo veía yo en tal época? ¿Cómo en tal otra? ¿Cuándo dejó de ser éste o aquél? No queda más remedio que tirar la caña a una distancia de cuarenta años y salga lo que saliere.³³

En su caso, lo que “sale” es el “limbo de la infancia”,³⁴ período que se proyectará en una serie de decisiones de la vida adulta, como sus causas políticas, marcadas por la justicia social y la defensa de los derechos de la mujer a través de instituciones como el MEMCh³⁵ o en organismos internacionales vinculados a estas luchas. De hecho, Vergara es, entre todos los autobiógrafos leídos, la que vivió más de cerca el maltrato doméstico, y sin ambages

³¹ *Ibíd.*, pp. 8-9.

³² *Ibíd.*, p. 12.

³³ *Ibíd.*, p. 16.

³⁴ *Ibíd.*, p. 7.

³⁵ Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile, creado en 1935 y de gran importancia en el movimiento feminista chileno, integrado por profesionales y trabajadoras, con una fuerte impronta de lucha social.

cuenta su pobreza, delineando la historia de una persona incomprendida, una figura intelectual extraña, siempre en tierra de nadie, acusada de burguesa por los obreros y de bohemia por la clase pudiente a la que pertenecerán, por matrimonio, sus hermanas.

Anterior al de Vergara, y muy sincero aunque de carácter más metafórico, es el texto *Visiones de infancia* (1947), de María Flora Yáñez, destinado por completo, a diferencia de todos los otros libros que aquí hemos comentado, al tiempo de la infancia. De carácter fragmentario, la autobiografía recorre exclusivamente los significativos años de la niñez, presentando *visiones* de ese momento de la vida: “pálidas vetas que emergen y tiemblan un segundo antes de ir a reintegrarse de nuevo a ese gran cementerio de episodios e impresiones”.³⁶ En sus páginas, el estallido de la memoria provoca lo que Roland Barthes ha llamado “las esquirlas del recuerdo”.³⁷ Como en el libro *Imaginerio de la infancia* (1935), del actor Lautaro García, también dedicado por completo a este momento de la vida y estructurado por capítulos, episódicamente, habla aquí la infancia en su dimensión subjetiva, personal, desdoblándose el relato entre la visión del narrador infantil, inocente, imaginativo, y el narrador adulto que proporciona pistas o claves de lectura que permitirán leer los relatos en una suerte de doble faz. La fragmentariedad del relato quizás se deba, como plantea Carmen Heuser, al intento

de trazar una huella quebrando el suceder de la temporalidad, procurando una fantasía de recuperación de momentos significativos, ilusión de hacer revivir el pasado, de llegar al reencuentro con aquellos personajes entrañables emplazados en lugares añorados, que los envuelven. Recuerdos siempre huidizos, desdibujados, segmentados por múltiples vacilaciones, pulverizados por olvidos voraces.³⁸

³⁶ Yáñez, María Flora, *Visiones de infancia*, 2ª edición, Ediciones del Pacífico, Santiago de Chile, 1960, p. 9.

³⁷ “...si por una dialéctica retorcida debe haber en el Texto, destructor de todos los sujetos, un sujeto digno de amor, este sujeto está disperso, como las cenizas que se arrojan al viento tras la muerte (al tema de la *urna* y de la *estela*, objetos fuertes, cerrados, generadores de destino, se enfrentan las *esquirlas del recuerdo*, la erosión que sólo deja de la vida pasada algunos rasgos)”, en Barthes, Roland, *Sade, Fourier, Loyola*, Cátedra, Madrid, 1997, p. 15.

³⁸ Heuser, Carmen, “Los rastros del recuerdo”, en Orbe, Juan (ed.), *Autobiografía y escritura*, Corregidor, Buenos Aires, 1994, p. 99.

En el mundo clausurado de la élite chilena, María Flora se encuentra con fantasmas de otros niños, muertos; con extravagantes ancianas; con la invitación enigmática de la calle a la que no puede asomarse. Esta instalación en la infancia, inusual en los autobiógrafos chilenos de la época sería, según María Jesús Orozco, paradigmática de la escritura femenina, ya que en los confines de la infancia aún no podría percibirse “la poderosa fuerza de las convenciones sociales, generadora de diferencias discriminativas”.³⁹ Aun así el texto revela la fuerza de esas convenciones que separan a la narradora del mundo que percibe a su alrededor, lejano. No sólo el que contempla, aislada, desde su casa, sino también otro mundo, íntimo, escondido tras las ventanas de los otros:

Una brisa tibia nos envolvía (...) veíamos desfilan los edificios con su enjambre de ventanas que nos miraban como grandes ojos amarillos y negros, celestes y grises. Era una sensación intensa y rara la de observar, desde afuera, aquel escenario de ventanas (...) Como un film mudo, la hilera de viviendas, recortadas contra el firmamento, iban pasando ante nuestros ojos. Había ventanas humildes y soberbias, claras y oscuras. ¿Qué ocurría tras sus postigos cerrados o sus vidrios luminosos? (...) Sólo recuerdo que en mí despertaba la oscura conciencia de un inmenso mundo escondido, misterioso, con centelleos palpitantes que, para encender mi fantasía, mostrábase un instante al paso del carruaje...⁴⁰

Por un mundo de fantasías transita también Lautaro García, quien obsesivamente defiende la imaginación infantil en oposición al descreimiento de los adultos, su resistencia al milagro y la ensoñación.

¿Con qué levadura estaba amasada el alma de los hombres, que tan pronto perdían la fe en las cosas maravillosas? ¿Acaso los mayores no poseían esa superioridad que parecía haberles dado la edad, de la que se mostraban tan ufanos?, ¿o era que les faltaba a sus sentidos la fineza para percibir y adivinar precisamente las

³⁹ Orozco Vera, María de Jesús, “La forma autobiográfica como configuración del discurso literario femenino en la narrativa de Marta Brunet, María Flora Yáñez, María Luisa Bombal y María Carolina Geel”, en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 23, 1994, pp. 295-314.

⁴⁰ Yáñez, María Flora, *op. cit.*, p. 65.

cosas más admirables que encerraba la vida? ⁴¹

¿Iba yo también a perder las facultades maravillosas de mis ojos de niño para mirar la vida, cuando me hiciera hombre? ⁴²

La respuesta la da el texto: si a lo mejor la imaginación desbordante de su niñez, pero no perdió el interés por ese universo en que habitan lámparas de Aladino, cabañas mágicas, sepultureros sacados de algún cuento de misterio; el relato de García pareciera querer apuntar con ello a los convencionalismos de la vida adulta, apelando a la intuición fantástica y la poesía como dones irrenunciables. En este sentido, pensamos que el “imaginero” puede ser entendido de dos formas: como la colección de imágenes construidas en los juegos infantiles pero también como la parte de imaginación que el autor aporta a la elaboración de recuerdos imprecisos, el imaginero autobiográfico. Su texto se escribe en la idealización más dulce de la infancia, con todos sus sobresaltos y desilusiones, como él mismo plantea: “No tengo memoria para la tristeza”.⁴³ A diferencia de Yáñez, el recuento de García, hijo de padre militar y criado en el sur de Chile, entre más libertades, las suyas son escaramuzas, relatos de acción y observaciones de quien llegaría a ser un viajero en su calidad de actor, una persona libre cuyas ideas, literalmente “vuelan”, haciéndose muchas veces realidad:

Mi soledad de niño sin hermanos encontró para sus juegos los vastos claustros vacíos, y mis imaginaciones tuvieron como cima para emprender el vuelo, un campanario de madera donde anidaban las golondrinas y por cuyas cuencas sin campanas las horas se escapaban furtivamente.⁴⁴

Infancias marginadas

Hay, pues, en el *corpus* tratado, un acercamiento a la infancia de parte de individuos no pertenecientes a la élite (o que, conformándola, ocupan en ella un rol subordinado en razón de su

⁴¹García, Lautaro, *Imaginero de la infancia*, Ercilla, Santiago de Chile, 1935, p. 53.

⁴² *Ibíd.*, p. 54.⁴³ *Ibíd.*, p.5.

⁴⁴ *Ibíd.*, p. 18.

género, como es el caso de Yáñez), de carácter más subjetivo, que se inicia en los años treinta y que cristaliza en importantes textos en los años de 1940 y 1950. La literatura ficcional presenta ejemplos de gran impacto, como los relatos de Oscar Castro, particularmente *La vida simplemente*, novela que muchos críticos han leído como relato referencial, sobre un niño de provincia que vive en la proximidad de un burdel y que aprende a leer por sí mismo, habilidad que le valdrá el interés de un pariente rico que lo enviará a la escuela en la segunda parte del libro. Oscar Castro, escritor que ofició de bibliotecario en la ciudad de Rancagua y conoció la pobreza en su niñez, traza con su escritura un perfil del intelectual mesocrático, su condición ambigua frente al mundo que quiere representar (el niño es rechazado por sus compañeros de andanzas de la primera parte de la novela, y por sus compañeros de colegio y familiares de clases más acomodadas en la segunda).

También el autor de *Vidas mínimas*, José Santos González Vera (1897–1970), relata sus recuerdos de niño nacido y criado en provincia, hasta su juventud en la capital, rodeado de escritores y artistas obreros, en el libro *Cuando era muchacho*, publicado poco después de que recibiera el Premio Nacional de Literatura. En ambos casos se cuentan historias de superación y el relato de infancia adquiere un carácter ejemplar; las pequeñas miserias familiares y las grandes miserias sociales aquí no son escondidas; muy por el contrario, son expuestas con el aparente afán de imbricar semblanza individual e historia colectiva. Otro caso es el de Juan Urzúa, de quien apenas se guarda registro histórico y cuya autobiografía, un discurso pronunciado públicamente que fue publicado en 1939, alude a la *crudeza* de su pasado, una infancia humilde que lo obliga a trabajar desde pequeño. Su conciencia del ahorro y el rigor con que cumple, como niño, con las exigencias de su trabajo, le permitirá experimentar cierto ascenso social.

Más allá todavía incursiona Manuel Rojas (1896–1973), escritor anarquista y obrero que en su niñez conoció el mundo del robo y la delincuencia. Nada de idealizaciones en estos abordajes de la infancia, sino una mirada que se dirige a los rincones más oscuros de una experiencia infantil en la pobreza, sin dramatismos.

Tempranamente, con 35 años, Rojas comienza un proyecto autobiográfico propiamente tal, que se extenderá, aunque de manera intermitente, durante el resto de su vida. El proyecto inicial consideraba la narración de momentos significativos de su infancia, pero poco a poco quiso ampliar su relato. El primer texto sobre sus recuerdos de niñez fue publicado en 1931, en las revistas “Babel” y

“Atenea” bajo el nombre “Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo”. Más tarde, ese mismo texto es incluido en la primera edición de “Lanchas en la Bahía”, la primera novela del autor, en 1932. La reescritura de ese relato, que incluye varios otros recuerdos, sale a la luz pública en 1955 con el nombre *Imágenes de infancia*; finalmente, en 1983 se publica de manera póstuma *Imágenes de infancia y adolescencia*, en el que se incluyen nuevos pasajes de su vida y algunas reflexiones sobre lo ya escrito. En esta edición puede además constatarse que varios párrafos del texto de 1955 han sido reelaborados.

Manuel Rojas va al rescate de la infancia, hasta el momento bastante relegada a un lugar secundario por los autobiógrafos y memorialistas chilenos, posicionándola como el motivo central del relato sobre la propia vida. La presenta singularmente idealizada: reivindica la marginalidad y la pobreza; valora el esforzado trabajo obrero, la fraternidad, la picardía y el humor y también presenta los aspectos negativos de estas experiencias: el hambre, la miseria en general, el trabajo infantil, el alcoholismo, el robo, la violencia. Este es el contexto en el que se desenvuelven las travesuras, penurias, alegrías y desencantos de un niño de la clase obrera.

La experiencia personal en la marginalidad social y económica, como un tema digno de ser contado, aparece aquí, de forma novedosa respecto de otros textos referenciales chilenos. En ese sentido, la apuesta de Rojas pareciera contrariar la genealogía épica, que asume la infancia como un periodo de ensueño en la que se prefiguran los logros del adulto. Podría calificarse a Rojas, pues, como un autobiógrafo “excéntrico”, de acuerdo con las ideas de Molloy ya mencionadas, o innovador en su contexto. Sin embargo, es necesario admitir que su escritura reproduce la tendencia de los autobiógrafos chilenos a infiltrar en el relato de la niñez cuestiones ideológicas, manipulando el relato a favor de intereses del adulto. La propia Sylvia Molloy comenta: “con la intención de construir un archivo populista (...), el chileno Manuel Rojas, en *Imágenes de infancia*, ofrece una narración picaresca de su infancia que es, a la vez, celebración de la clase obrera”.⁴⁵ En general, el autor intentará poco a poco tornar lo negativo en algo positivo, y esto, la mayoría de las veces, se realizará mediante la figura del aprendizaje, es decir, asumiendo la carencia y el dolor como lección de vida. Pese a narrar situaciones extremas, soledad, trabajo infantil, violencia,

⁴⁵ Molloy, Sylvia, *op. cit.*, p. 169.

entre otros, el tono fresco de la narración nunca decae; las situaciones adversas son llevadas a reflexión, comprendidas, justificadas y valoradas:

Durante esa infancia, que todavía me parece larga (...), estimación que puede deberse a que, a pesar de todo, fue buena, aprendí muchas cosas: supe, por ejemplo, qué era el hambre, no una cualquiera, sino una que puede hacer llorar a un niño (...) En un mundo en que un ser humano puede morir de hambre, robar de hambre no es ni pecado venial.⁴⁶

Conclusiones

El académico de Harvard Ala Alryyes, citado por Andrea Jeftanovic,⁴⁷ plantea, en consonancia con el historiador Philippe Ariès, cierta identificación del niño como sujeto moderno, en el siglo XVIII, con los sujetos del sistema político:

*The emergence of childhood as a separate stage of human development and a theme of narration is, I believe, inextricable intertwined with the modern's society desire to differentiate himself or herself from the dependent subject of absolutism, a subject long imaged as a child. If the bourgeois sought freedom, he also desired a discovery of the 'real', age-defined child and a limited childhood.*⁴⁸

Los ciudadanos dejan de ser “niños”, operación que en nuestro continente tiene relación con los procesos de conformación republicanos. Quizás si en su difícil camino hacia la real independencia del sistema colonial y el hasta hoy no resuelto vasallaje económico y político de nuestras naciones, el niño es una

⁴⁶ Rojas, Manuel, *Imágenes de infancia y adolescencia*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1983, p. 122.

⁴⁷ Jeftanovic, Andrea, “La representación de la infancia en la literatura iberoamericana: los casos de La Troppa, Fagundes Telles, Lispector, Lobo Antunes”. Introducción y primer capítulo / “La infancia como recurso literario contemporáneo”. Tesis de grado, Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literatures. University of California, Berkeley.

⁴⁸ Alryyes, *Original Subjects: The Child, the Novel and the Nation* Cit. en Jeftanovic, *op. cit.*, p. 8.

figura conflictiva, latente, no diferenciada. A través de este artículo procuramos mostrar la ausencia de infancia, o su representación anecdótica, en relación con el predominio de discursos de carácter iluminista y positivista, de impronta política, y su aparición, como la lenta fisura de estos discursos. Quizás son los nuevos actores del campo literario nacional del siglo XX, provenientes de sectores medios o discriminados en razón de su género sexual, quienes logran a través de su experiencia personal, de doloroso tránsito adulto, retratar a esos niños y niñas de un modo más íntimo y comprensivo, buscando reivindicar historias de superación y mérito personales, historias de paulatina ciudadanía.

Bibliografía

- Barthes, Roland, *Sade, Fourier, Loyola*, Cátedra, Madrid, 1997.
- Castillo F., Gabriel, *Las estéticas nocturnas. Ensayo republicano y representación cultural en Chile e Iberoamérica*, Instituto de Estética PUC, Santiago de Chile, 2003.
- Castro, Oscar, *La vida simplemente*, Nascimento, Santiago de Chile, 1951.
- Delgado, Buenaventura, *Historia de la infancia*, Ariel, Barcelona, 1998.
- D'Halmar, Augusto, *Recuerdos olvidados*, Nascimento, Santiago de Chile, 1975.
- Díaz Arrieta, Hernán (Alone), *Pretérito imperfecto. Memorias de un crítico literario*, selección y prólogo de Alfonso Calderón, Nascimento, Santiago de Chile, 1976.
- Errázuriz, Crescente, *Algo de lo que he visto. Memorias de Don Crescente Errázuriz*, Nascimento, Santiago de Chile, 1934.
- García, Lautaro, *Imaginerio de la infancia*, Ercilla, Santiago de Chile, 1935.
- González Vera, José Santos, *Cuando era muchacho*, Nascimento, Santiago de Chile, 1951.
- Heuser, Carmen, "Los rastros del recuerdo", en Orbe, Juan (ed.), *Autobiografía y escritura*, Corregidor, Buenos Aires, 1994.
- Jeftanovic, Andrea, "La representación de la infancia en la literatura iberoamericana: los casos de la troppa, Fagundes Telles, Lispector, Lobo Antunes", tesis de grado, Doctor of Philosophy in Hispanic Languages and Literatures, University of California, Berkeley.

Lejeune, Philippe, "El pacto autobiográfico", en Lejeune, Philippe, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Megazul-Endymion, Madrid, 1984.

Lillo, Eusebio, *Espejo del pasado. Memorias literarias*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1947.

Molloy, Sylvia, *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*, FCE, México, 1996.

Orozco Vera, María de Jesús, "La forma autobiográfica como configuración del discurso literario femenino en la narrativa de Marta Brunet, María Flora Yáñez, María Luisa Bombal y María Carolina Geel", en *Anales de Literatura Hispanoamericana*, núm. 23, 1994, pp. 295-314.

Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado*, 3ª edición, Imprenta Gutenberg, Santiago de Chile, 1886.

Préndez Saldías, Carlos, *27 mujeres en mi vida*, Ediciones de la Sociedad de Escritores de Chile, Santiago de Chile, 1942.

Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica en Argentina*, Jorge Álvarez Editor, Buenos Aires, 1966.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, Ediciones Cuarto Propio/Ediciones Callejón, 2003.

Rojas, Delia (Rouge, Delie), *Mis memorias de escritora*, Talleres Gráficos Casa Nacional del Niño, Santiago de Chile, 1943.

Rojas, Manuel. "Imágenes de Buenos Aires. Barrio Boedo", en: *Lanchas en la Bahía*, Empresa Letras, Santiago de Chile, 1932.

——, *Imágenes de infancia*, Babel, Santiago de Chile, 1955.

——, *Imágenes de infancia y adolescencia*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1983.

——, *Antología autobiográfica*, LOM, Santiago de Chile, 1995.

Rufinelli, Jorge. "Al margen de la ficción: autobiografía y literatura mexicana", en: *Hispania*, vol. 69, núm. 3 (septiembre de 1986), pp. 512-520.

Smith, Sidonie. "El sujeto femenino en la escena crítica: la poética, la política y las prácticas autobiográficas", en VV.AA, *El gran desafío: feminismos, autobiografía y postmodernidad*, Megazul-Endymion, Madrid, 1994.

Vergara, Marta, *Memorias de una mujer irreverente*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 1963.

Yáñez, María Flora, *Visiones de infancia*, 2ª edición, Ediciones del Pacífico, Santiago de Chile, 1960.